

## RESEÑAS Y DEBATES

Luis Roniger, *Transnational Politics in Central America*. Gainesville: University Press of Florida, 2011, pp. XIV + 218.

Leonardo Senkman  
The Hebrew University of Jerusalem (Israel)

Luis Roniger demuestra en este pionero estudio de sociología histórica que procesos transnacionales de larga duración vienen interconectando entre sí a los países de Centro América desde la época de su Independencia, a pesar del ejercicio ininterrumpido de sus soberanías nacionales estatales. Eligiendo ámbitos de la política, la vida pública, la economía, la cultura y la construcción de identidades colectivas, el autor despliega categorías analíticas integrativas para dar cuenta tanto de aquellas fuerzas que operaban a favor y en contra de procesos transnacionales, en diferentes épocas históricas de cada uno de esos países. Tal proyecto abarcador no tiene antecedente ni en la literatura histórica ni sociológica de Centro América.

La lógica de la construcción nacional de los pueblos del istmo, a pesar de haberse desmembrado de la primitiva Federación Centroamericana en separados estados-nación, no pudo desentenderse de procesos transnacionales regionales que el autor analiza al abordar la construcción de identidades colectivas de sus 'naciones imaginadas'. Así, resulta reveladora su exploración de los factores operantes en el proceso de balcanización luego de un corto período federativo de las Provincias Unidas de Centro América (capítulo 3). La contrastada experiencia de Nicaragua frente a Costa Rica es ilustrativa de los avatares históricos en la génesis de la formación nacional de esas provincias que, junto con Guatemala, El Salvador y Honduras, se transformaron en repúblicas en 1824, formando parte de la República Federal de Centro América hasta 1839. Mientras que la historia social y política de Nicaragua y El Salvador desde la independencia estuvo emboscada por la violencia de invasiones y guerras civiles, su vecina Costa Rica siguió un curso más afín al fundacional Pacto de Concordia que le permitió una relativa estabilidad mayor que otras repúblicas vecinas. Así, Nicaragua sufrió la guerra civil facciosa de Conservadores de Granada vs. Liberales de León ni bien proclamada la emancipación, en 1844 fue invadida por tropas de El Salvador y Honduras, en 1834 volvió a estallar la guerra civil durante el ejercicio del man-

dato de su primer presidente, y en 1856 el norteamericano William Walker y sus filibusteros conquistaron el país, provocando una guerra que favoreció una alianza transnacional para la defensa de los países del istmo. También la independencia de El Salvador estuvo signada por la guerra civil hasta 1829 al igual que los países vecinos, excepto Costa Rica. Luego de que una Asamblea Constituyente proclamó en 1841 la separación de la República Federal Centroamericana, las tres décadas subsiguientes estarán signadas por inestabilidad, guerra civil e intervención de países vecinos para derrocar a gobiernos contrarios.

Uno de los aportes de la perspectiva transnacional de Roniger es descentrar el análisis regional de los países centroamericanos del localismo de la historia de sus caudillos (el guatemalteco conservador Rafael Carrera, el liberal hondureño Francisco Morazán; el salvadoreño Francisco Malespín), al indagar en factores transnacionales para comprender incluso la construcción de identidades y memorias colectivas. Un caso significativo es el análisis del autor del modo en que los líderes centroamericanos utilizaron figuras heroicas de la resistencia regional contra la invasión filibustera de Walker para construir un panteón de héroes nacionales frente a la falta de una sangrienta guerra de independencia, a diferencia de México. Un ejemplo paradigmático es el caso del mulato costarricense Juan Santamaría, celebrado como paradigma del patriotismo centroamericano transnacional por el gran poeta nacional nicaragüense Rubén Darío (capítulo 5).

Precisamente, al hacer una lectura transnacional de la dimensión política del pasado de la región, Roniger logra reformular las fronteras de lo “nacional” de acciones y acontecimientos históricos que la historiografía circunscribe al interior de la soberanía estatal de las naciones centroamericanas. Tal enfoque se prolonga en el capítulo 7 a temas de ciudadanía e identidades sub-nacionales y transnacionales para abordar el par de contrarios inclusión-exclusión de la heterogénea población etnocultural de esos países. Mientras demuestra, por un lado, que las elites oligárquicas en Guatemala excluían a los pueblos autóctonos mayas de su selectivo programa de ciudadanía ‘ladina’ por prejuicios raciales eugenésicos y jerarquías sociales, el análisis de Roniger desmitifica la retórica del mestizaje en un país pluriétnico como Nicaragua. El caso de estudio es el destino que la narrativa de la identidad nacional supuestamente homogénea nicaragüense asignó al grupo étnico Miskitu, asentado en la costa Atlántica desde el Cabo Gracias a Dios hasta el río San Juan, donde vivieron en un reino autónomo durante doscientos años. Esa narrativa condenó a los Miskitos como Otros de la ‘verdadera’ Nicaragua de tradición hispana, completamente ajena de aquella población atlántica que convivió con grupos afro-indígenas, mestizos marginales y con colonos protestantes de lengua inglesa. Aun el legendario líder Augusto César Sandino compartía la retórica nacionalista liberal de la unidad mestiza en torno a la “Raza Indo-Hipánica” de la patria. Sus futuros herederos sandinistas, en nombre de la revolución social, exigirán de los Miskitos la integración nacional, percibiéndolos como una presencia ‘extranjera’ vinculada históricamente al colonialismo británico y al imperialismo norteamericano, bajo sospecha de colaboración con

los Contras. Más de 35.000 desplazados Miskitu y Sumu huyeron a Honduras. Recién la Constitución de Nicaragua de 1897, revisada en 1995, reconocerá el carácter multiétnico del país, confiriendo autonomía a la costa Atlántica, habitada por población aborigen de Garífuna, Sumos, Miskitu y Ramas.

Por su parte, la autoimagen de democracia racial y de su idealizado color blanco ‘a la europea’ de Costa Rica, no fue óbice para que esa democracia recién reconozca en 1993 la total ciudadanía de los indígenas del territorio nacional. De modo semejante, la presencia en Honduras de población transnacional en la costa compuesta por dos grupos Afroamericanos, los Garinagu y Afroantillano, fueron marginalizadas durante mucho tiempo por la retórica del mestizaje nacional de sus elites. Los Garinagu, conocidos como los negros caribes, sobrevivientes de rebeliones fracasadas en la isla de St. Vicent, fueron fugitivos no sólo a Honduras, sino también se tornaron en comunidades transnacionales refugiadas en Nicaragua y Guatemala. Hasta 1989 las autoridades hondureñas negaron los derechos etnolingüísticos a los Garinagu, a quienes caracterizaban de mestizos.

En el nivel de análisis político, el autor cuestiona la aplicación a Centro América de la unidimensional teoría del dominó durante la época de la Guerra Fría, el mecanicismo de la *realpolitik* de EUA y la estrategia de control internacional hemisférico. La principal objeción metodológica de Roniger a esta teoría de relaciones internacionales es la necesidad de tomar en cuenta la dinámica transnacional generada por acontecimientos y procesos al interior mismo de los países del Istmo, y no solo por desarrollos internacionales externos. Un ejemplo fue la dispersión y efecto intrarregional de los exiliados políticos (Farabundo Martí, Felipe Armando Amaya, refugiados desde El Salvador en Guatemala y Honduras donde siguieron activando); otro ejemplo paradigmático lo constituye el grupo de exiliados políticos y universitarios en Costa Rica de todas los otros países que participarán en la rebelión de 1948, y también la acción de los exiliados en la Guatemala de Jacobo Arbenz. Pero, además, el autor intenta comprender la emergencia de la guerrilla en Guatemala por las conexiones transnacionales y, en décadas posteriores, examina la guerra generalizada en Centro América, escenario tanto de la transnacionalización de estrategias de lucha revolucionaria como contra-insurgentes en Guatemala, El Salvador y Nicaragua, a pesar de los distintivos patrones institucionales y de temporalidad, hacia el final de los 1970s y comienzos de los 1980s. Uno de los efectos transnacionales estudiados en esa guerra es el dramático problema de centenares de miles de refugiados y desplazados, y el flujo de miles de jóvenes activistas que transmitieron sus experiencias revolucionarios en los países de la región. En el capítulo 11, “Transnational Displacement”, el autor ofrece un detallado panorama de la diáspora centroamericana en Estados Unidos y México no sólo en términos cuantitativos; Roniger también analiza la condición de desterrados y re-territorializados de las redes transnacionales centroamericanas que aportan con sus remesas al ingreso nacional y con su voto en el exterior a la vida política democrática interna de sus países de origen.

La liberalización de los mercados, la globalización económica y la transición democrática provoca dos efectos de signos contrarios y bien estudiados en los últimos capítulos del libro: por un lado la emergencia de mercados ilícitos transnacionales para el tráfico de drogas en la que se insertan poblaciones jóvenes empobrecidos y redes criminales (capítulo 12); por el otro, la integración económica intrarregional a escala global y transnacional mientras se consolidan las instituciones democráticas (capítulo 13).

No casualmente Roniger –destacado estudioso en el campo de los derechos humanos– coloca en el centro de sus optimistas conclusiones sobre el actual proceso que estimula la regionalización transnacional y el avance de la democratización, la necesidad de rehabilitar la confianza de las gentes. Un ejemplo que recuerda es la Comisión Internacional contra la Impunidad en Guatemala, aprobado por el Congreso Nacional en 2007, y generado por una amplia coalición de ONGs de la sociedad civil y el exterior. Significativamente, tal iniciativa tuvo la influencia del vecino gobierno de El Salvador que decidió crear el Grupo Conjunto en 1993, en asociación con las Naciones Unidas para investigar las violaciones de derechos humanos de los grupos armados ilegales. Pero aunque todavía la “justicia salvadoreña no logró procesar a nadie”, paradójicamente el efecto ‘transnacional’ de su emulación en Centro América no pasa desapercibido (p. 184). Esta es una de las tantas lecciones que depara esta pionera investigación del sociólogo comparativo que ocupa actualmente la cátedra de Reynolds Professor en la *Wake Forest University* en los Estados Unidos.